**Dos mudas y un relato. (Seudónimo: Glauka)**

A mi madre hoy se le olvidó despertar. Me lo comunicó la directora de la residencia en un tono monjil y rebuscado que detesto. “¿Quiere usted decir que ha muerto?” respondí con la acidez del que acaban de desbaratar la noche a timbrazos y no tiene el cuerpo para juegos de palabras. “En efecto, pero no se preocupe, su papá de usted no sufre, no se ha enterado de nada, está relajado, mirando al mismo puntito que mira siempre”. Su papá de usted, ¿quién consigue construir una frase tan absurda antes de amanecer?

Intentando controlar los temblores que no sé si embisten desde dentro o desde fuera, me aferro al teléfono y al pánico preguntándome qué se hace en estos casos. Un impulso me lleva a la M de la lista de contactos. Mamá. Presiono. Un tono, otro y otro. “El teléfono móvil al que llama…” Cuelgo. Ya lo sé, está muerto o fuera de cobertura, como ella. ¡Joder! ¿Por qué he hecho eso? Hay que ser muy ruin para llamar a un cadáver, más si es el de tu madre, pero una vez más, la sensación de crueldad me produce un placer remoto, un regusto que se enrosca como un tornillo. Malvado. A mamá le gusta el malva, gustaba, aba, aba, me cuesta conjugarla en pretérito imperfecto. Mal, malva, malvado, mal… Entro en un bucle silábico que utilizo cada vez que intento frenar la mente enloquecida aunque casi siempre consigo el efecto contrario. A veces me doy miedo, tengo un punto psicópata que se activa con la palabra madre, porque no soporto la entrega y sumisión, y ella se entrega, se entregaba en exceso. Acabo de clavar una llamada en el epicentro de su muerte, como un puntero láser sobre su bata guateada, solo consigo imaginarla así, bata, mandil, alpargatas y resignación. ¿Dónde irá esa llamada perdida?

Mamá me llamaba cada lunes. La ignoraba cada lunes, hasta que desistió. “Hijo, ven en tren” me dijo la última vez que hablamos. Hoy te haré caso, madre. Con dedos robotizados tecleo en google “compra billetes online” así, hablando en indio. Billete sólo de ida, porque a saber cuánto se tarda en gestionar un funeral. Ventanilla, sin descuentos de estudiante, no pensionista, no minusvalías, ni familia numerosa, ni animales… ¡hay que joderse! el interrogatorio al que someten a uno para comprar un puto billete o una pizza.

Una monja en plena noche marcó nueve dígitos, uno detrás de otro, un filo que segó el duermevela que practico desde el divorcio, desde que Sara se llevó los cuadros de Gustav Klimt, el hijo y el sueño. Desde entonces, entrelazo noches mal dormidas con días mal vividos, días perezosos y blandos que nacen sin más aspiración que morir por la tarde. Dormito. Fumo. Sudo. Escribo. Lo hago mal, pero escribo, así me gano la vida, colaboraciones que son corta y pega de noticias trilladas, un plagio de otro plagio. Trabajar desde casa era una opción, ahora es una obligación que me permite disfrutar de una rutina doméstica condimentada con gritos televisivos, necesito noticias, ruido externo, virus mutantes, robots haciéndose selfies en Marte, raperos encarcelados y niñatos desbravados rompiendo aburrimiento y mobiliario urbano, un rey sin reino y una vacuna que no llega o se equivoca de brazo, fauna política difundiendo un mensaje y el contrario en el mismo discurso, amparados por un obsceno despliegue de banderas, un bulo y cien mentiras repetidas hasta parecer ciertas. Cojo de aquí, entresaco de allá e invento el resto. Me estimula la sobreinformación, más tóxica que el propio virus, noticias que calan, sopa envenenada que vomito en la columna semanal, las ovejitas pastan letras y contribuyo a crear inmunidad de rebaño, desde mi guarida.

Trabajo online, compro online, leo online, me excito online, bendito estado de alarma, cierres perimetrales, trabas y restricciones que revalorizan mi agorafobia crónica, ahora lo llaman síndrome de la cabaña, resiliencia y otros palabros para no decir claramente que uno se acostumbra al abrazo, la pereza y la mugre del colchón. Es fácil llegar a ese estado de dejadez sin ningún nivel de exigencia, sin tener que cuidar de los padres ni de los hijos, soy devoto y practicante del encierro voluntario. Vivo con-finado porque no consigo gestionar mi vida y pretenden que tramite el entierro de mi madre que se olvidó de despertar a 600 km. de distancia. Por primera vez en cuatro décadas echo en falta un hermano, que se ocupe de estos asuntos tan farragosos. Qué fastidio es la familia, primero te nacen sin permiso para luego obligarte a enterrar sus cuerpos. Yo no quería tener hijos, pero tengo uno. Ni padres, pero tengo dos. Tampoco quiero emprender un viaje que termina en ataúd.

Vacío la mochila del gimnasio sobre el sofá, cigarros estrujados, camisetas y calcetines liberan un hedor añejo, muy añejo, porque el gimnasio mutó en peluquería low cost hace… ¡qué más da! Rebusco alguna camisa limpia en la anarquía del armario, no la encuentro. No la hay, lavadora y plancha sufren desgana, como yo. Intentaré llegar con tiempo suficiente para comprarme una camisa y un pantalón decente en las tiendas de la estación. Desbrozo la barba y froto la apatía enquistada desde hace meses, tantos como no veo a mis padres. Los mismos que mi hijo pasó a serlo a tiempo parcial, buena decisión señor juez, mis hábitos no son recomendables para que un niño merodee a mí alrededor. Soy un precipicio al que no conviene acercarse. Ni siquiera solicité la custodia compartida, para qué buscar pretextos, él está mejor con Sara y yo estoy mejor solo, y mis padres en la residencia, disfrutando de su tercera o cuarta edad. Hay mucho cinismo, gente llorando ante las cámaras porque no les permiten visitar a padres y abuelos cuando llevaban meses sin verlos, añorando abrazos que nunca dieron, yo al menos lo admito, me da pereza ir y cuando vuelvo traigo sensación de fracaso, de mal hijo. Mal, malva…

La última vez que visité a mis padres era 6 de enero de 2020, fuimos Sara el niño y yo, reyes magos divorciados y modernos organizando una quedada para agradar a los abuelos. Les llevamos un cactus para la ventana del cuarto compartido, a mamá un pañuelo con las iniciales bordadas, y para mi padre colonia y loción para después del afeitado. Ideas de exmujer, porque a mí jamás se me ocurriría cosa semejante, ni recordaba que hubiera pañuelos de tela. Papá, sonriendo desde ese páramo que habita últimamente abrió la loción y roció cama, planta, pantalón y pelo. Feliz. Antes de irnos dijo algo que nos sorprendió y que no había vuelto a recordar hasta hoy: “Traedme alguna novelita del oeste”.

Mis padres siempre han llevado la conformidad en la piel y en el gesto, al pensar en ellos me nace un estropajo en la garganta, no sé si es la culpa o la desidia, sea lo que sea, enseguida lo diluyo en un trago. Ni uno más, hoy el día será espinoso y requiere la mente despejada, objetivo casi imposible porque está tapizada de bruma. En un arrebato de hijo doliente abro el altillo del armario, busco la caja que se libró del olvido y del contenedor cuando ingresaron en la residencia, aparto jirones de mala conciencia, fotos de navidades sonrientes en las que no me reconozco, un reloj huérfano de aguja grande, una brocha de afeitar y postales de mi viaje de novios. ¿A quién se le ocurre guardar postales del viaje de novios de su hijo? A mi madre. ¿A quién se le ocurre enviar postales a la familia en su viaje de novios? A Sara. Sara estaba en todo, ahora es una marca en mi anular y en mi cabeza y alguna llamada esporádica, compasión disfrazada de anécdota del niño. Y bondad, Sara es buena.

Sigo revolviendo el lodazal de recuerdos hasta encontrar las tres novelas del oeste que buscaba. Tienen las cubiertas rotas, lomos pegados y páginas finísimas, tinta desgastada por el frote de miles de ojos y dedos paseando líneas. Las huellas de mi padre también están ahí, en la culata de algún colt 45... Meto el colt humeante, dos cervezas, el portátil y el tabaco en la mochila y salgo hacia el día, hacia el virus y hacia el cadáver materno. Desayunaré en la estación porque en la nevera adolescente no hay leche, ni café, ni… sólo botellas semivacías, algún trozo de pizza de moho y bandejas de embutido cortado y reseco.

Rumbo a la estación, camino como huérfano recién estrenado al que le aprietan las costuras. Intento ponerme en situación fúnebre pensando en madre con tristeza, pero no me sale. Imagino su contorno recostado sobre la colcha blanca de ganchillo que formaba parte de su ajuar de boda, y la batita guateada y las alpargatas, parece que llevase muerta desde siempre. Es fácil imaginársela en posición mortal porque jamás derrochó vida. Era mansa, sus ademanes y palabras tenían ese tono amarillento del día en retirada. Siempre sentada en un extremo del escaño de madera tejiendo y escuchando seriales románticos en la radio, mientras papá, sentado en el otro extremo del banco se zambullía en alguna novela de Marcial Lafuente Estefanía, esquivando balas o luciendo una estrella de cinco puntas en el pecho. La imagen es nítida y me pega una patada de realidad en la boca del estómago. Me pregunto en qué punto de sus ajetreadas vidas, entre el campo, las cuadras, los huertos y el hijo, tuvieron tiempo para aprender a leer y escuchar. Mal, malva…Envidio aquella ilusión suya cada vez que empezaba una novelita nueva, en el dial o en el papel, disfrutando fantasías ajenas a falta de las propias. Y parecían felices. Eran felices. Más de lo que yo he sido ni seré jamás.

Es martes ocho de la mañana, y como todas las mañanas del mundo en la estación se respira provisionalidad. Hay máquinas expendedoras de gel, ventanillas fuera de servicio, servicios precintados, precintos y señales indicando distancias y direcciones, direcciones prohibidas, prohibido respirar. Me confunden tantas reglas porque nunca se me ha dado bien la vida ordenada. Tengo miedo, según dijo Pau Donés en su despedida "el miedo es peor que la muerte" pero ¿qué hacer cuando lo que te atemoriza es la vida, el semáforo, el sonido del timbre anunciando visita, una estación vibrante? Necesito volver a lo seguro, al desorden conocido, al refugio de sofá y chándal domados. Me detengo en el centro del hall donde paneles luminosos anuncian salidas, llegadas, andenes, demasiados datos para unos ojos que no han rozado el descanso desde hace muchas noches.

Tras unos minutos tratando de asimilar tanta información, me dirijo a la cafetería que está vacía, porque a esa hora los viajeros llegan con el tiempo justo de lanzarse al tren, menos yo, que pretendo comprar ropa a las ocho de la mañana, cuando las trapas de las tiendas aún dormitan sobre el suelo, suponiendo que vuelvan a levantarse. Compraré mi ajuar de velatorio en la estación destino. El camarero me dice que no puedo apoyarme en la barra y me indica una mesa, lo tomo de pie, alejado de la maldita barra pero de pie, observando el vestíbulo donde los viajeros van como flechas cruzándose en todas direcciones, esquivándose, la inmensa mayoría llevan mascarilla, yo no la llevo aun sabiendo que mi pesadumbre es contagiosa. Aunque miles de personas hoy no hayan sabido abrir los ojos, nada cambia, todo late, todo fluye, todo sigue. ¿A cuántos de estos viajeros les esperará una madre yaciente a cientos de kilómetros? Muchas, dicen los telediarios. “Hijo, ven en tren, es más cómodo” me dijo la última vez que hablamos. Mal, malva, malv…

Vagón 9, asiento 4A. Viajo en dirección contraria a la marcha como suele ser habitual en mi vida. De frente, dos asientos más allá se instala una mujer, los ojos aún hinchados de sueño asoman sobre la tela que cubre su boca, edad entre los cincuenta y los... ¡qué sabré yo! Si jamás he sabido descifrar la edad de una mujer, ni lo que piensa, ni lo que quiere, jamás he tenido la más mínima empatía y sensibilidad con ellas, ni con los niños ni con los ancianos, ni conmigo. Lleva guantes. Coloca en el estante superior un trolley y un neceser haciendo juego, todo de marca ostentosa. La gente viaja con demasiado equipaje – pienso– y no todo va en las maletas, ¡si lo sabré yo! Dejo la mochila en el asiento 4B. Tres jóvenes ruidosos irrumpen a tropel en el vagón, la mujer de marca y guantes les mira con desagrado, yo no miro, pero ya les condeno, no soporto las risas, ni a la especie humana, deseo volver a la jaula donde me siento a salvo. Me remuevo intranquilo en el asiento, algún órgano interno reclama la dosis de alcohol que haga compañía al café que ya se acerca al esófago.

En el andén un hombre permanece inmóvil mirando hacia el interior, hacia la chica que se va, ella dentro, él afuera, los dos de pie en actitud desorientada, esperando que se rompa ese instante eterno y se deslicen suelo y aire, entonces, uno y otra, levantan el brazo como sujetando un hilo invisible a ambos lados del cristal, que se alarga, se alarga, hasta perderse. Ella hace una fotografía con el móvil, antes de no verse ya se ven en la galería, la inmediatez es la lepra actual, por culpa del maldito móvil y su cámara que todo lo capta, todo lo exhibe, todo lo acerca, rompiendo el enigma de la espera… Se ha desvirtuado el ritual de la despedida, afortunadamente los abrazos están prohibidos, detesto el tacto y el contacto.

De pronto el tren sale disparado como un obús, avanza con un furor creciente y los jóvenes ruidosos, aún de pie, chocan entre sí, exagerando la situación con desordenados aspavientos y riendo a carcajadas. En las novelas de mis padres, la diligencia, los barcos y ferrocarriles llevaban y traían emociones lentas, recreándose en las escenas del hola y el adiós, qué lejana aquella imagen del pitido, la vibración desperezando raíles, el inmenso reloj de estación siempre a deshora y el humo envolviendo los brazos en alto.

El tren avanza, el paisaje y mis recuerdos retroceden. La mujer sin edad y con guantes, apoya la cabeza contra las nubes de fondo y cierra los ojos, tal vez se marea, o desea dormir, en cualquier caso es un momento íntimo, solo suyo, me invade un pudor antiguo, como de sacristía, y retiro la mirada. Mamá también duerme y seguramente tenga frío, espero que la monja arrope su cuerpo con la chaqueta nueva y con rezos, porque ella era creyente, devota y friolera. También era silenciosa, austera y sabia como un asceta, aunque desconocía que existiera esa palabra. Su sabiduría venía de vivir lo cotidiano y de una bondad innata, si lo sabré yo que la usé como saco de boxeo donde descargar frustraciones, ella encajaba con una mansedumbre desquiciante. Cuando Sara y el niño se alejaron, mamá estuvo ahí, incondicional, apoyada en el marco de mi vida deseando pasar, pero yo puse el pestillo por dentro. Mal, malva, malvado…

“Hijo ven en tren”. Me cuesta recordar su voz, tan sosegada que invitaba a no escuchar, sólo había un relato con el que se excitaba y se le atropellaban las palabras, era un monólogo en el que detallaba el acontecimiento de su vida: Su viaje a tierras asturianas y la visita a la Virgen de Covadonga. Intento rescatar el tono y la alegría que ponía en esas palabras, pero no lo consigo, jamás presté demasiada atención, lo admito, y ahora que mi madre se olvidó de despertar, me urge saber las paradas, las curvas de aquel viaje, el único que hizo, hasta hoy que se perdió por esos túneles de dios, o del diablo. A saber. Yo he viajado mucho pero no tengo nada que contar porque siempre llevé la mente y los sentidos cerrados, siempre con prisa por llegar o volver, sin disfrutar del viaje, la compañía ni el destino. Siempre deseando estar donde no estoy. ¡Cómo envidio la maravillosa simpleza de su vida! Y de su partida. ¿Estaría enferma, sufriría, sería el virus o la edad? Ni siquiera lo pregunté, ni recuerdo haberme interesado jamás cómo estaba, si necesitaban algo, si se sentía sola desde que papá vaga por ahí… di por hecho que nunca necesitaba nada, únicamente quería desahogarse conmigo de vez en cuando. Me pedía tan poco, que no concedí nada. Un ahogo nuevo me sube garganta arriba, una pena me revolotea, intenta aterrizar como el Perseverance en Marte, no la dejo acercarse, gira y gira en su órbita, mal, malva… ¡Basta!

Mi madre cruzó la vida con dos mudas y el relato de un viaje abortado. La ropa de diario era gris, la que ponía para ir a misa y al médico también, pero más nueva. Su relato era breve, surrealista y brotaba al más mínimo impulso: “Una vez casi veo el mar”. Se recreaba contándolo, lo decía mirando a lo lejos, como si lo leyera en las nubes o lo escuchara en la radio, en cada narración reducía la distancia hasta el agua, con los años, la historia y el color de sus ojos se habían desgastado tanto, que se veían las olas al fondo. Iban y venían, como recuerdos columpiándose, creo que de haber vivido unos años más, habría terminado chapoteando en el agua, y tal vez yo hubiera escuchado los detalles y hasta los habría escrito.

Por algún motivo que no recuerdo, el cura del pueblo llevó a la juventud a visitar a la Virgen de Covadonga en autocar. Por la mañana escucharían misa en la ermita y por la tarde se bañarían en la playa de San Lorenzo de Gijón. Madre, jamás se había separado de los pucheros, del huerto, del pilón y la costura, porque encadenó lutos y obligaciones, atendió a sus hermanos pequeños y a sus padres mayores, cuidó del novio que degeneró en marido, y cuidó de mí, su único hijo. “Hasta una pañoleta hice, para cubrirme ante la Santina y para que no me diera el sofoco de la playa, y menos mal, porque cuando el autocar se puso en marcha, con ventanas abiertas a un lado y al otro del pasillo, los rizos recién marcados volaron”. Y contaba emocionada, cómo cruzaron tierras leonesas rumbo a Asturias, con el aire preñado de melenas, cantares y olor a tortilla. Pero las curvas se le metieron en el cuerpo y llegó tan mareada que no pudo apearse, volvió con dos kilos de menos, la piel verde aceituna y el firme juramento de no volver a separar los pies del suelo. Mientras las demás mozas del pueblo se mojaban los tobillos en el mar, del que la trajeron arena y caracolas, ella esperó tumbada en el asiento trasero del autocar acariciando las cuentas del rosario que compró en las tienditas de la ermita y “escuchando las olas”, sonido que fue el hilo musical de su vida y posiblemente de la eternidad que ya comparte con mi admirado Pau.

Cada vez que lo contaba, me estaba suplicando que la llevara hasta la orilla del mar, para que sus ojos se desprendieran de la tierra y pudieran planear sobre un horizonte de agua, por una vez en la vida. Lo entendí desde el principio, pero fingí no hacerlo para no perder mi valioso tiempo, dedicado a las partidas de mus en la universidad, a los supuestos entrenamientos de futbito que en realidad eran polvos rápidos en el apartamento de Elisa, la morena de la fotocopiadora. Hoy lo admito todo, porque me han empezado a doler la carne y los adentros, porque estoy desnudo de bebida, madre y esposa. Tengo cuarenta y dos años, media vida gastada con la puta carrera, la boda, el niño y el piso con muebles de Ikea, ¡que yo no quería tener hijos, ni padres, ni piso! Yo no quería nada, pero me mimeticé en el rebaño, por alicatar un currículum sin fotografía, consciente de que una imagen destroza más que mil palabras. Y ¿ahora qué? Ahora soy periodista sin oficina, matrimonio fracasado, huérfano de madre, padre a tiempo parcial y alcohólico a jornada completa. Apenas hemos salido de la estación y ya me urge volver a casa.

A medida que el tren coge velocidad el paisaje se desdibuja como un trazo de acuarela. Los viajeros se acomodan reajustando pensamientos, mascarillas, respaldos y asientos, es rara la sensación de vaivén compartido, delator de carnes flácidas y bocas enmascaradas, tengo la sensación de formar parte de una escena teatral y agradezco que haya que mantener butacas de distancia. Brotan móviles, Tablet y portátiles, los jóvenes se han hundido en las pantallas, posiblemente hablen entre ellos a través de alguna red social. Un revisor con ojos de pocos amigos asomando por encima de la tela negra con logotipo corporativo, se detiene ante mí recriminándome con la mirada, tardo en comprender que es porque no llevo mascarilla. Seguramente me habrán observado desde alguna cámara porque viene provisto con dos bolsitas precintadas, una con máscara, la otra con toallitas desinfectantes, me siento incómodo, observado, grotesco. No sé ponerla, es la primera vez que la utilizo y se nota. Seguro que los niñatos habrán grabado un vídeo y lo habrán subido al puto Facebook. Cierro los ojos. La pena y el ahogo me trepan.

El tren se detiene por primera vez, maletas con ruedas y gente con prisas. Unos suben, otros bajan, evitando rozarse, mirándose con recelo, esa sensación amiga que me acompaña desde hace tiempo se ha generalizado. Me ahogo. Las estaciones me producen desasosiego, sobre todo si no sé dónde estoy, ni lo que me falta, ni lo que tengo que hacer al final del trayecto. Solo sé que unos kilómetros más allá mi madre mira hacia nunca y mi padre hacia nada, y me jode admitir que envidio ese estado de quietud en el que te dejan en paz, esa calma azulada donde nadie espera que escribas un artículo redondo, seas justo, seas sano y practiques varios deportes.

Ojalá el tren gire y gire alrededor de la noche y no pare nunca, dejándome vagar, y pensar, leer o escribir, sin detenerse jamás. Acabo de verme niño huérfano en medio del andén, tengo siete años. Ojalá se vaya el tren sin mí.

Meto la mano en la mochila, rebusco entre cervezas, paquetes de tabaco, portátil, la bolsa de aseo y pistoleros trasnochados, tengo que poner bridas al ansia de cigarro, pero está prohibido, ¡hay que joderse, ni fumar puede uno, con cuatro décadas a la espalda! No sé de qué llenar tantas horas de viaje, me tienta echar un vistazo a una novela de lomos doloridos y esquinas dobladas pero me avergüenza leer públicamente las historias que llenaron mi primer tazón de letras. Papá las leía en voz alta y a veces guiaba las líneas con su dedo labrador, leía con cadencia y velocidad preescolar, masticando sílabas como los cuatreros masticaban tabaco, las esdrújulas siempre se le atragantaban. Leyó novelas, hasta el día que quedó atrapado en un tornado o una bala se le alojó en los recuerdos. Tras el funeral de mi madre le leeré las tres que llevo, por si los raíles de tinta le orientaran en el laberinto que le engulle, igual hasta encuentro mi propia salida.

Saco el portátil, intentaré escribir algo para deshacerme de las avispas que me crecen por momentos. No sé si necesito bebida o madre, descarto la última idea, no me permito blanduras ni melancolías, aunque hoy todo es distinto, porque el día nació roto, inspiré veneno mortal muy temprano por no llevar mascarilla, tengo que expulsarlo antes de que se extienda, como hacían los vaqueros cuando les picaba una serpiente en el desierto. Inspiro, expiro, es difícil convertir en palabras la pereza infinita que me produce la vida. Siempre quise escribir una novela del oeste, con viajes en diligencia, con saqueos y tornados, apeaderos frente al saloon, con dos “o” donde abundan señoritas con el pelo largo y rojizo, el corsé apretado y la moral escasa, los cuatreros batiéndose en duelo, hombres duros escupiendo antes de disparar, y los muertos a la puerta del saloon y los buitres rondando sobre ellos… Qué fácil era todo en aquella época, cada personaje en su sitio y yo paciendo en el redil conyugal.

Tengo una duda: ¿Quedan pueblos en el oeste? Y de existir, ¿estarán habitados? Estoy buscando excusas porque no sé cómo empezar, tampoco sé cómo esquivar los recuerdos felices que me asaltan, domingos de arroz y pollo, cumpleaños con tarta de galleta maría, manos amorosas trazándome la raya del pelo. ¡Cuánta vida tiré a la basura sin probarla! Mal, malva, malvad…

La estrepitosa melodía de un móvil rompe la atmósfera y el cadencioso vaivén de cuerpo y mente, la mujer de enfrente se remueve adormilada, los jóvenes ni se inmutan bajo los cascos, yo me estremezco. Teléfono igual a escalofrío. Responde una chica de la que sólo veo el respaldo del asiento. Murmura, ríe, escucha, responde que no, luego que sí, que dejó el trabajo porque su jefe era un cabrón y después del ERTE la redujo tanto jornada y sueldo que la compensa más el paro, así que vuelve al pueblo a desconectar y airearse, y si nos confinan de nuevo que me pille allí, ríe, su risa es excesiva para ser real, nunca me ha gustado la gente feliz. La joven, entra en intimidades con el interlocutor y siento vergüenza ajena. Me ha crecido el tiempo, me siento fósil en ciertas situaciones. Tengo que escuchar cómo su compañero Juanlu le arrancó la mascarilla y las bragas en los baños del call center y follaron contra la pared, pero no puedo dar tres caladas. Mi padre fumaba celtas sin emboquillar y ahí está, con los pulmones intactos y la mente deshilachada. “Papá está perdiendo la memoria” “Y qué coño quieres que haga yo, ¿ir a buscarla?” “No hijo, te lo digo por si quisieras venir a verle antes de que no te reconozca o vuelvan a restringir las visitas…” Ya iré” Mentí. “Hijo, ven en tren, es más cómodo.” Mintió ella.

Quería decir que un borracho no debe conducir. Lo entendí mamá, por eso corté la conversación. Fue la última. Hoy me tortura pensarte al otro lado, con el teléfono en la oreja un rato más, lamiendo lágrimas que te abrasarían las mejillas. Me estabas pidiendo que despidiera a papá antes de que se desnortara del todo. Te colgué. No consigo recuperar tu voz por más que tiro del hilo. Del hilo que corté. El esfuerzo y la culpa me arrancan el sudor, tengo los sobacos calados. Demasiada gente, demasiada luz. Poco oxígeno. Enciendo ordenador y miedos, los infantiles, juveniles y adultos. Acuden todos. Me culebrean los dedos, atrévete, escribe, sácalo. Soy inseguro desde edad y estatura cortas, mantengo intactos los temblores infantiles, la mano que empuja y la que frena, fui niño blanquecino, empollón de internado que mutaba en veraneante rural. Me lanzaba al agua de la poza porque las niñas miraban, pero hoy no mira nadie y no consigo enfrentarme a un Word en blanco, a la madre inmóvil con las manos cruzadas sobre el pecho. Tengo la sensación de que la mujer con maletas de marca me observa los calcetines, las perneras sobadas del vaquero y la camiseta ávida de agua. Sigo siendo un maldito acomplejado, mucho más desde que Sara se llevó el norte. Y el sur.

Ahora, aquí empezaré el jodido libro. Hoy miércoles, 24 de febrero de 2021 me enfrento al huérfano recién nacido, a la madre recién muerta y a la hoja en blanco. Empiezo a escribir en un tren. Será una novelita del oeste dedicada a mi padre, la protagonista se llamará Lucía y se bañará en el mar. Pero, ¿en el oeste hay mar? Solo recuerdo riscos, cactus y desiertos… Creo que nunca llamé a mamá por su nombre.

“Hijo, ven en tren” Lo estoy haciendo, pero antes de empezar a escribir necesito ir al baño, me trabo al abrir la puerta entre vagones, avanzo sorteando maletas y piernas olvidadas en pasillos, cuando llego me invade la sensación de que los wáteres de tren succionan a la gente. Desando vida, pasillos, maletas, piernas y puertas trabadas. La imagen del monigote tambaleándose en público me irrita, tal vez por haberla representado demasiadas veces. Otra vez sospecho que los jóvenes me graban dando traspiés y se mofan, sudo, me parece volver a casa tras cruzar una gran fatiga, un campo sembrado de prohibiciones, regreso al asiento vacío, a la casa vacía, porque papá vegeta en un asilo y mamá en una caja de madera forrada de raso. ¿Me mostrarán un siniestro catálogo de ataúdes para que elija uno? De nuevo la imagino acostadita dentro y se me alborota el cuerpo.

El tren se detiene, no sé dónde, pero ya huele a manzanas en el horno, besos en la era, a exmujer, exmadre, escapé de todo ello, como si los kilómetros pudieran borrar el apellido que hoy me reclama. De pronto comprendo que esto va en serio y que no hay dios que lo detenga. En una hora llego, pero ¿dónde debo ir, a la residencia, al tanatorio? Ni puta idea. Pienso en llamar a la monjita melosa y preguntar, pero si abro la boca empezaré a llorar o a vomitar. He llorado poco y vomitado demasiadas veces. Nunca he visto un cadáver. Necesito un trago, o dos. Esto son temas adultos y yo jamás lo he sido, ¡mamá ayúdame! Debo estar desencajado, porque la pasajera de enfrente me mira con gesto de alarma. Me dan ganas de gritar: ¡Soy huérfano, consolarme! Que arranque el jodido tren, la estación me asusta y las vías me llaman, me apetecen mucho. ¡Qué gusto ahí tendido!, custodiado por dos raíles eternos, protectores como los barrotes de la cuna. Mal, malva, malvado, mal…

Lucía. Se llamaba Lucía. Navajazo. Cómo cuesta nombrarte en pasado, mamá. ¿Me ayudas a enterrarte? No sé cómo hacerlo, si no te cuidé en vida ¿cómo organizar tu muerte? Espero que las monjas agilicen los trámites, después de todo a sus inquilinos “a menudo se les olvida despertar”. Esa idea me relaja un poco y me aflojo en el asiento. Empiezo a escribir sin sentido, para disimular, para ocupar las manos y no sentirme tan ridículo. Mientras ella se enfría yo maquino un relato, dudo el escenario pero el argumento y personajes están claros: Lucía, llevará un colt 45 con la recámara cargada de balas y humo, porque tras los disparos siempre sale humo. Llevará un hatillo con dos mudas y la pañoleta modo pirata, la que no evitó los aires asturianos que calme los rigores del desierto. No, no, debo ajustarme a los nuevos tiempos, llevará el pañuelo atado en la nuca, modo mascarilla, a la grupa de un caballo otea el horizonte desde los riscos, no tengo ni idea cómo son los riscos, tendré que buscar en google. Suelta la pañoleta, limpia el sudor de la frente con el dorso de la mano, una ráfaga de aire levanta melena y matojos que vuelan ladera abajo, a mi padre le encantaban los tornados, así que pondré uno en cada capítulo, mejor en cada página. Caballo y dama se encaminan al centro del pueblo donde suena música de armónica, tres malos, malotes escupen apostados en un poste, junto a la puerta del saloon con dos “o” del que sale un borracho despedido. Al mencionar al borracho mi estómago segrega jugos suplicantes. Si estuviera en casa haría un paréntesis y entre trago, calada, trago, calada, crearía una atmósfera de escritor atormentado, eso inspira mucho.

En las novelas de papá a los muertos les solían comer los coyotes. ¿Qué le gustaría a mamá que haga con su cuerpo? Tenemos panteón en el cementerio del pueblo, pero la incineración es más práctica e higiénica, incluso podría volar sus cenizas sobre el mar que no palpó, descartado, ella era creyente y querrá resucitar entera, con la muda gris, la nueva, y las cuentas del rosario entre las manos. ¿Cómo maridar un rosario, un colt 45 y una batita guateada? Pensar estas cosas me agota, no puedo más. Sigiloso, como quien va a cometer un atentado terrorista, meto la mano en la mochila y acaricio una cerveza, tomo impulso, miro a todos lados por el rabillo del ojo antes de sacarla, concentración, arranco la anilla como si manejara una granada de mano. Retiro la mascarilla de la boca y beeeeeebo un trago infinito, necesario, indescriptible, eterno. La cabeza apoyada hacia atrás, ojos cerrados, disfrutando cada mililitro que riega garganta, mente y muerte. Me siento bien, muy bien.

Suena un teléfono de tono estridente pero esta vez no me importa, suena y sigue sonando. Otro trago. El volumen del móvil aumenta a medida que avanza la melodía, me tocan en el brazo, alarma, tacto, contacto, mi existencia es un catálogo de triángulos rojos. “Creo que le están llamando”. ¡Es mi teléfono! ¡Hay que joderse! No puedo descolgar. No quiero descolgar. Debo descolgar. En la pantalla pone Sara. Los pasajeros se giran sin disimulo y la mujer de marca que me tocó el brazo ahora me apremia con la mirada. Tiemblo. Descuelgo.

“¿Arturo? Arturo, ¿estás ahí? Contéstame por favor, sé que me oyes”. No consigo articular palabra. “Arturo estoy en la residencia, vine temprano, me llamó la hermana Rita… tu madre llevaba unos días mal pero se fue tranquila… ya rellenamos el papeleo, ¡menos mal que tu madre tiene las cosas en regla! Ya voy para el tanatorio, no habrá misa, ya sabes por lo del covid, sólo un acto y después la incineran, tranquilízate, espero llegues…que llegues en condiciones… encargué un centro de calas blancas con el nombre del niño, como a ella le gustaban tanto… y en la corona he puesto el tuyo....”. En ese punto un grito me trepó la garganta: “¡No! Pon tu nombre también, por favor”.

Me horroriza imaginar mi nombre solitario enroscado en la corona de mamá hasta la eternidad. Sara al rescate. Como siempre, ella manejando el barco y yo en la bodega buscando munición. A mi madre le gustaban las calas y yo me entero el día que no puede verlas. Cal, cala, calamid... náuseas. Dejo a Sara hablando sola sobre el asiento 4B, sobre la mochila, sobre las novelas de papá y un ordenador encendido… doblado sobre mí mismo, con los codos apoyados en las rodillas y las manos cubriéndome la cara, sollozo como un niño abandonado en un andén, una máscara de celulosa azul empapa lágrimas, mocos y fracasos. Lloro a la madre que admiré pero jamás tuve los cojones de demostrárselo, sus ojos mendigantes de afecto, su bondad y simpleza, su vida resumida en dos mudas y un viaje inacabado.

La mujer de enfrente se remueve incómoda, escondida tras los párpados finge dormir, pero está alerta, un pliegue delator cruza su frente, reconozco ese surco, aparecía cuando mamá me buscaba la mirada y yo se la escondía para que no leyera mis tormentas, pero ella desde su sencillez de lumbre, pan y queso, me leía el alma como nadie. Voy en tren como tú querías, llevo horas viajándote mamá, limando recuerdos al desván, removiendo pañoletas y potajes que ya están fríos. Me entra una urgencia desconocida por llegar, aunque no sé dónde, para qué ni para quién. Tu cara y tu voz me llegan a fogonazos, mi castigo será intentar retenerte en la memoria antes de que te lleven las embestidas del olvido. Vas y vienes, acaricias y te alejas. Mal, malva, malvad… No respondas a la llamada perdida que te hice que tengo poca cobertura, sólo era para avisarte que ya voy, estoy llegando, no llevo ropa de repuesto pero Sara se ocupará de todo, como siempre.

*Se detiene el tren, los pasajeros impulsados por la inercia invaden andenes y vestíbulo ignorando las pegatinas que señalan distancias, salen buscando aire, la estación bulle, el pasajero del asiento 4A, sin ninguna prisa observa a la mujer que recupera de las alturas un trolley y un neceser, antes de salir le regala una caricia con los ojos que él no resiste y achica párpados, es el último en abandonar el vagón, desciende lentamente sin deseos de desembarcar en ese mar de aspavientos flotantes que cruzan el aire, ninguno es para él. Le cuesta nadar entre tanta vida y busca la placidez de la orilla, agua dulce donde lavarse el alma, para que su madre le encuentre limpio.*

*Señales aéreas indican que la puerta que conduce a la parada de taxis y al tanatorio está a su derecha, a la izquierda raíles brillantes y cálidos bajo la cúpula acristalada de la estación invitan al regazo materno, justo ahora que están prohibidos los abrazos le apetece su refugio, pero no hay problema porque Arturo se mueve bien en lo prohibido. Por megafonía anuncian la inminente llegada del tren procedente de xx en la vía xx. Comienza a andar…*

“Dos senderos se abrían en el bosque y yo… yo tomé el menos transitado”.

 (Robert Frost)